
RÉQUIEM POR EL HUMANISMO

 JAVIER DEL ARCO

Libertad-igualdad-fraternidad, las tres palabras clave así escritas, unidas, indisociables, formando las tres una hiperpalabra, un hiperconcepto. En el fondo siguen siendo solamente una hiperutopía moderna. Si partimos del hecho de que la Revolución Francesa ha sido secuestrada en buena parte y convertida en esfinge o icono reconoceremos que el viejo árbol sociopolítico, languidece anciano, podrido por ese conglomerado ideológico llamado neoliberalismo –conglomerado de razones e intereses fuertemente conservadores - y se muere en un triste Estado mundializado que es la postdemocracia. Esta aportación mía desearía forjar las ideas y los utensilios que a nuestro viejo roble pudieran podarle de torpes y múltiples injertos reaccionarios que deforman su belleza originaria; extirpar la madera corrupta de la mollicie postburguesa y procurar, mediante mucho esfuerzo y cuidado, que ese tronco enmohecido y hueco - albergue de siniestras alimañas-, retoñe, y dé nuevos brotes que han de surgir de su potencia genética originaria, puramente revolucionaria.

Somos como alguno ha dicho muy desafortunadamente, la especie elegida. Especie si, ¿elegida por quien? La biología moderna enseña que las especies, sacos de genes egoístas que interactúan al azar entre sí y con entornos cambiantes, son incapaces de controlar sus destinos; el ser humano, especie zoológica al fin y al cabo, no es una excepción en ese sentido. Pero parece que lo olvida cuando habla de progreso, un vestigio arqueológico del viejo edificio cristiano; por eso, aquello que se llama humanismo no es sino creencia en el progreso, esperanza en que el conocimiento tecnocientífico creciente le liberará de la amenaza de la enfermedad, le procurará bienestar creciente y le prolongará los límites de la vida. Vana ilusión porque el humano, especie inteligente y creativa cuyo saber se ampliará sin duda, es también la especie más depredadora y destructiva. Hoy en día, cuando el progresismo y el conservadurismo y los términos “izquierda” y “derecha” carecen ya de sentido, parece a primera vista que se ha hecho realidad el vaticinio del crepúsculo de las ideologías, pero lo que ocurre es que el debate es otro: entre evolucionismo darwiniano y humanismo o entre politeísmo natural y monoteísmo bíblico. Una cuestión clave sobre el progreso: el debate entre el optimismo de quien lo considera fuente de prosperidad y, quien desde el pesimismo racional considera que tal cosa es no sólo improbable sino imposible dado el carácter egoísta y radicalmente depredatorio de la naturaleza humana.

Ahora, tras el pacto de no injerencia y de mutua cooperación entre la técnica y la fe, pacto tecnocrático protototalitario, la esperanza de salvación reside en el humanismo tecnocientífico que nos traerá, si no el paraíso, por lo menos la esperanza de una vida más larga y de mayor calidad. Y lo más importante: no es que el pensamiento se unifique globalizado o mundializado en torno a las ideas económicas liberales (que no a las políticas que se prostituyen y se deforman crecientemente) sino que se establece una nueva “nación elegida”, los Estados Unidos, que se autoproclama fuente de razón, derecho y santidad.

Pero si la mayoría, como por otra parte sucede siempre en la sociedad de masas, permanece, opulenta o menesterosa, sumida en la más profunda de las ignorancias, la parte rica, sepultada en las neo cavernas del centro comercial vulgar o de lujo; la parte pobre se consume entre la indiferencia, la prisa, el trabajo precario e indigno y el embrutecimiento. Entretanto, una minoría selecta de científicos biomédicos ha logrado, mediante el conocimiento del genoma humano y del auxilio de la gran ingeniería del siglo XXI, la genética, tomar el control, todavía muy parcialmente, de la evolución humana. Surge la idea de una evolución humana consciente. Que la humanidad se haga cargo de su destino sólo tiene sentido si atribuimos conciencia e intención a la especie: pero el darwinismo nos dice que las especies son sólo corrientes en el continuo fluir de los genes. Si en el vigente siglo los humanos podemos remodelar nuestra propia naturaleza no será ningún designio preconcebido, sino el resultado final de una serie de sórdidas luchas entre las grandes empresas, el crimen internacional organizado resultado de la globalización y las cloacas, profundas y reticulares, de los estados contemporáneos.

En estos momentos pueblan la Tierra algo más de 6000 millones de humanos. Si no se toman medidas drásticas, para 2050 ese número se incrementara, por lo menos, en 1200 millones. Una población humana

total cercana a los 8000 millones no puede ser mantenida sino es al precio de desolar el planeta y se dará paso a la artificialidad biológica necesaria para alimentar a tan descomunal número de seres humanos. Aparecerá así una nueva era geológica, la “eremozoica” en la que ya no habrá biodiversidad, sino humanos y las proteínas, lípidos e hidratos de carbono necesarios para alimentarlos. Parece que hay dos vías para que el depredador atildado egoísta y sanguinario que es el hombre, no se salga con la suya. O bien los propios mecanismos autorreguladores de la Tierra hacen el planeta menos habitable para los humanos, o bien los efectos secundarios de sus propias actividades cortan en seco su actual expansión demográfica (cambio climático y efecto invernadero, entre otros).

Cuando una población animal desborda su hábitat natural y crece exponencialmente, se convierte en una plaga. Y habrá de cumplirse el modelo matemático que las regula, de manera que el grueso del colapso deberá ocurrir en poco más de cien años y, para el año 2150, la biosfera debería haber recuperado los niveles seguros de población de homo sapiens previos a la plaga, unos mil millones de individuos. Los humanos quizá no puedan hacer desaparecer la Tierra, pero si pueden arruinar su medio ambiente y hacer muy difícil su habitabilidad. Y las nuevas tecnologías son ambivalentes, jánicas: pueden resolver muchos problemas del hombre actual, pero a su vez, pueden generar otros nuevos, porque estas tecnologías sirven también para depredar, robar, matar. Los pogromos son tan antiguos como la cristiandad; pero sin el ferrocarril, el telégrafo y el gas zyklon, no hubiesen sido viables el Holocausto o los gulags estalinistas. El motivo más profundo por el que el hombre no podrá dominar nunca la tecnología es que cuando una tecnología se introduce el propio hombre la cambia hasta extremos que nunca podremos entender plenamente. Se dice que el progreso moral es mucho más lento que el tecnocientífico; pero eso es culpa nuestra. Los pensadores y activistas de corte ecologista o “verde” son unos perfectos ingenuos. En su lucha contra la tecnología nos dicen que el mundo puede ser convertido en instrumento de los fines humanos. Yerran, porque la técnica, antesala de la tecnología, no es un instrumento genuinamente humano como demuestran claramente hormigas y abejas, mucho más antiguos y primitivos que nosotros. Considerar nuestros cuerpos como naturales y nuestras tecnologías como artificiales es dar demasiada importancia al accidente biológico que supuso el advenimiento del sapiens. Es más, si las máquinas nos acaban sustituyendo como en el fondo se pretende, lo que sucederá es un cambio evolutivo de calado similar al que se produjo cuando las bacterias se combinaron para crear a nuestros primeros ancestros. El humanismo sea de signo religioso, marxista, existencialista, tecnológico o ecologista, es una doctrina de salvación que predica la certeza de la humanidad para ser señora de sus destinos en este mundo y, por si esto no fuese ya bastante utópico, en otros de naturaleza desconocida. Los seres humanos, a través de su propia acción, carecen de la capacidad biológica necesaria para salvarse a sí mismos y al planeta. Había, y aún hay en las culturas animistas, una idea bastante arraigada en nuestra psique que explica la emergencia del ecologismo: la conciencia del destino común con el resto de las especies vivas. Pero la gran mayoría de los humanos, en su evolución, no se rige por criterios morales intermitentes -y aún menos por su interés propio-, sino por las necesidades del momento. La especie humana, aún conociendo bien una minoría carente de relevancia política la trascendencia del hecho evolutivo, vive de espaldas a él y se droga con falsas esperanzas de humanidad.